

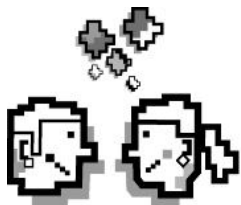
LA DOBLE VIDA

Vicente Carrión Arregui

Cuando hablamos de los adolescentes tendemos a oscilar entre dos extremos. Uno, el análisis adulto y riguroso que intenta comprender racionalmente lo incomprensible ignorando la empatía mínima –adultos que reflexionan como si nunca hubieran sido jóvenes- y otro, el buenismo cómplice que busca acercarse al adolescente desde una comprensividad que en nada le beneficia. Entre ambas perspectivas, se echan en falta, especialmente en el tema de las adicciones, las intervenciones derivadas de las experiencias vividas, las de quienes han conocido, querido y disfrutado de la noche, el alcohol y los porros y hablan así de ello con conocimiento de causa para justificar los límites, esos límites que permitieron al educador – sea un joven accidentado por conducción temeraria, un miembro de Alcohólicos Anónimos, un rehabilitador de toxicómanos que supo darle la vuelta a su adicción o un padre o madre alarmados por los excesos de sus hijos- comprender qué cantidad de minas explosivas se ocultaban en el camino de la fiesta sin freno. Creo que la credibilidad personal de las experiencias compartidas posibilita una mayor empatía a la hora de hacer comprender a los jóvenes cómo casi nunca funciona el “cuanto más, mejor”, que es muy falsa la idea que asocia la libertad con la ausencia de límites. Al revés, tenemos más oportunidades, más opciones de vivir de una u otra forma, cuando hacemos ver al alumno, al joven o al hijo que hay mojones infranqueables si queremos que su ánimo transgresor no acabe perdiéndole para la familia, el estudio, el trabajo o la vida.

Límites, sí, más que prohibiciones absolutas que fomentan conductas reactivas. En la búsqueda de nuevas experiencias hay un elemento de curiosidad, pasión, entusiasmo, etc. que no deberíamos sofocar. El exceso puede ser nocivo pero la emoción que lo provoca puede ser una energía muy positiva, constructiva y creadora. Una búsqueda de sentido que no encuentra cauces espirituales en nuestras sociedades agnósticas, una búsqueda de comunicación, afecto y sexo que no deberíamos reprimir sin más sino ayudar a encauzar de un modo más saludable.

Esa labor de ayuda al joven que como educadores nos sentimos obligados a realizar no creo que sea muy efectiva si la planteamos desde un punto de vista moral o coercitivo. Si no conviene prohibir tajantemente que el joven salga, conduzca, fume, beba o tenga relaciones sexuales, tendríamos que apostar por tener la confianza suficiente para conocer qué límites se marca a sí mismo, y eso sólo es posible si mantenemos un grado de presencia que nos permita enterarnos de lo que hace. Es preferible así, en mi opinión, quedar con el hijo a las tantas de la madrugada a querer creer que se queda en casa de un amigo o vete a saber dónde. Es más sufrido y costoso pero nos permite saber de primera mano en qué estado acaba la noche. Del mismo modo, en los centros escolares, la atención docente en los recreos, entradas y salidas, así como el estricto cumplimiento de las normativas sobre el tabaco, pueden ser determinantes para la buena marcha de las clases, por mucho que haya docentes que consideran que su responsabilidad educativa termina fuera del aula. La imposición de límites funciona mucho mejor desde la cercanía, la compañía, la disponibilidad y el ejemplo que desde la norma fría.



CONGRESO-BATZARRA
Adolescentes en tiempo de crisis
Nerabeak krisialdian
Portugalete, 21, 22 y 23 de octubre de 2009 
www.adolescentesencrisis.org

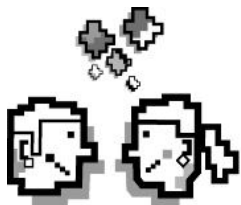
Límites y presencia, sí, pero sobre todo voluntad. El problema principal de las adicciones estriba en ello, en la poca fuerza que el sujeto acumula para distanciarse del atractivo de lo inmediato. Sólo ayudándole a cultivar esa fuerza interior podemos aspirar a que el adolescente no se deje envolver por la dulce indolencia de la noche, los tragos, el ordenador, la tele, los porros, las chuches o las relaciones indeseables.

Hace muchísimos años me impactaron las siguientes palabras: “El asunto no es dejar de fumar sino aprender a respirar”, y todavía hoy me siguen pareciendo válidas. No se trata tanto de pelear contra los riesgos sino conseguir ilusionarse por otras actividades más satisfactorias. El aprendizaje musical, el deporte, la lectura, las manualidades, la buena alimentación, etc. sólo producen satisfacciones cuando se cultiva la voluntad y se crean hábitos, rutinas y procesos completamente incompatibles con la dejadez característica de quien flota por la vida sin interesarse por nada, de juerga en juerga porque nadie le exige responsabilidades ni económicas ni horarias ni académicas.

Pero tales hábitos no se pueden crear en la adolescencia, hace falta desarrollarlos desde la más temprana infancia para que puedan tener consistencia protectora frente a las turbulencias vitales que tantas veces despistan a los adolescentes. El niño que ha aprendido a tocar un instrumento, el que entrena, madruga o anda sin dificultades, el que ha rechazado desde pequeño el refugio fácil de la tele, las consolas o las chuches, ese niño deja de serlo y tiene muchas más oportunidades de no perderse con los cantos de sirena que los fines de semana envuelven a tantísimos adolescentes que quienes han sido criados bajo el estúpido lema: “Pobrecitos, déjales, ya tendrán tiempo de saber lo dura que es la vida”.

Porque el atractivo de las experiencias “estupefactas” es muy intenso e innegable. Sin esfuerzo alguno uno accede a estados de ánimos y sentimientos extraordinariamente placenteros que parecen desmentir el reiterado mensaje adulto de que las cosas se consiguen con mucho esfuerzo y al que algo quiere, algo le cuesta. Gracias al alcohol o a los porros, por centrarme en las drogas más comunes, uno se siente más ingenioso o atrevido para ligar, hablar, comunicarse o expresarse. Esa timidez que atenaza a los jóvenes frente al otro sexo o frente a los adultos parece desaparecer y uno se vuelve más fuerte, listo y poderoso, como si hubiera encontrado dentro de sí recursos con los que no contaba. Ese “poder del ahora” del que habla Eckhart Tolle y buena parte de las tradiciones místicas parece alcanzarse sin las tediosas sesiones de meditación, ayuno o paciencia que recomiendan los entendidos. Si a ello añadimos que tal inmersión en lo inmediato nos libera del peso de los malos rollos de la vida diaria –sean las apreturas económicas, el dolor de familiares o amigos, la incomprensión, el estrés o la desorientación personal característica de la edad- o nos ayuda a proyectar la culpa de nuestros problemas en los otros, sean quienes sean, porque mientras bebemos o fumamos “somos cojonudos”, se entenderá qué difícil es que nuestros jóvenes atiendan las recomendaciones y consejos de padres y profesores, especialmente si éstos reconocen que no beben ni fuman ni se “colocan” y ya no recuerdan de qué va una noche loca.

En lo que no habrá dudas es en reconocer el alcance de la resaca, esa dolorosa proporcionalidad entre lo bien que se lo pasaron el “finde” y lo cuesta arriba que se les hace arrancar la semana, volver a someterse a esa rutina familiar, académica o laboral que cada vez tiene menos sentido y empieza a ser sólo un paréntesis entre juerga y juerga. Muchos aceptarán que dicha resaca es un tributo inevitable que no genera mayores consecuencias, y así es al principio. Pero a medida que las prácticas de riesgo y los consumos se incrementan, se



CONGRESO-BATZARRA Adolescentes en tiempo de crisis

Nerabeak krisialdian

Portugalete, 21, 22 y 23 de octubre de 2009
www.adolescentesencrisis.org



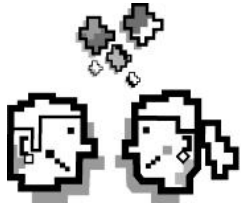
hace más difícil afrontar las resacas “a pelo” y la tentación de prolongar los consumos del tiempo libre entre semana se intensifica. Ahí es cuando el joven está pillado. Si incorpora el alcohol y los porros a sus rutinas diarias el fracaso escolar, por lo menos, está servido. Si no lo hace o se resiste, sus niveles de ansiedad, irritabilidad, agresividad, falta de concentración y malestar interior aumentarán de un modo difícilmente tolerable.

Porque la resaca no es inocua. Es la confirmación de cómo las adicciones mencionadas producen secuelas físicas, sí, pero sobre todo psicológicas porque distorsionan la idea que uno tiene de sí mismo, su ego, desajustándola entre dos polos extremos: la prepotencia satisfecha del “colocón” y el malestar extremo de quien se siente no sólo desganado sino virtualmente incapaz para seguir el ritmo de clase o para dedicar su tiempo libre a cualquier otra cosa que no sea volver a “colocarse” o evocar lo bien que se lo pasó en el último “colocón”. Todo palidece frente a la experiencia adictiva, nada es comparable a ella y la auténtica vida es la que se oculta en los resquicios que uno consigue ocultar a padres y profesores.

Para evitar que tal desdoblamiento vital se produzca sólo podemos confiar en las aficiones y estímulos con carga afectiva suficiente como para que el adolescente se sobreponga a la dejadez asociada a los consumos. Mientras sean menores de edad hay que contar con que los riesgos son muy altos –ya por las secuelas psicofísicas, mucho más condicionantes en un organismo en maduración, como por la probabilidad de que se intensifiquen con la edad las prácticas de riesgo- y por eso el marcaje familiar y educativo ha de ser muy firme. No tanto en los sermones verbales como en las dificultades objetivas que les pongamos para que se “coloquen” por su cuenta. En los centros educativos todavía hay demasiados profesores que consideran que los tiempos de recreo, comedor y accesos no son competencia docente y que evitan en lo posible una comunicación fluida con las familias de los alumnos. Mientras ello no cambie no será fácil intervenir en el micromundo de pasillos, patios y trayectos, que es donde se incuban buena parte de los peores hábitos. Es obvio que siempre se ha fumado a escondidas y que todo adolescente tiende a distanciarse de la sombra familiar pero ello no hace inútil el esfuerzo institucional necesario para no dar facilidades a que los entornos escolares se conviertan en espacios de iniciación al acoso, a las drogas o al gamberrismo sin que las familias quieran enterarse.

Con todo, desconfío profundamente de las iniciativas represivas en este campo. En muchas ocasiones, las adicciones juveniles no son sino una manera de combatir el aburrimiento, el tedio, el abandono y la sordidez existencial. Si tanto desde el ámbito escolar como desde las instancias municipales se potenciaran más actividades juveniles orientadas al fomento de un tiempo libre más creativo, quizás pudiéramos achicar un poco el creciente espacio del botellón, los porros y el desmadre. Pero, para terminar, remarcaría especialmente el papel de la conexión afectiva entre el educador y el adolescente.

La experiencia de “doble vida” puede ser necesaria para determinados individuos que necesitan fraguar en solitario sus aficiones, criterios y actitudes vitales. Hemos de respetarles, muchas veces muy a nuestro pesar, porque hemos de intentar que por mucho que se tense el hilo jamás llegue a romperse, por frágil que pueda resultar el vínculo en ocasiones. Que el adolescente sepa que siempre queda entreabierta la puerta hacia sus padres y educadores, que siempre queda algún adulto dispuesto a prestarle atención, interesado en sus problemas, paciente al escuchar sus disculpas, excusas o mentirijillas. Es nuestra obligación no dar a nadie por perdido, no permitir que la vida virtual del joven adicto le desconecte completamente del día a día y tanto la escuela como la familia son los escenarios principales para que la



CONGRESO-BATZARRA
Adolescentes en tiempo de crisis
Nerabeak krisialdian

Portugalete, 21, 22 y 23 de octubre de 2009
www.adolescentesencrisis.org



reconexión sea posible. De algún profesor escuché comentarios del tipo: “mientras no ronque no me importa que duerma” y yo creo que no, que no podemos dejar a nadie en el limbo porque a los profesores nos pagan para ejercer de despertadores a jornada completa: en clase, en el patio, en el pasillo y a la puerta del Instituto si hace falta. Muchas gracias.